

En la Misa del Inicio de su ministerio

Custodio ¿de quién? –se preguntaba el Papa Francisco en la solemnidad de san José- de María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia.

Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es “custodio” porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos. En él, queridos amigos –decía el Papa en aquella ocasión- vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, salvaguardar la creación.

El Papa, en su primera Misa oficial como tal, destacó que la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos –destacó- entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido.

El Papa Francisco, en este contexto, exhortó a quienes ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que sean “custodios” de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos –dijo- que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro.

Lo fácil es fácil. Lo difícil es difícil. Parece una tautología, aunque en parte no lo es. Simplemente se trata de describir lo que nos pasa con frecuencia: hacemos muchas veces lo fácil precisamente porque es fácil, y rehuimos muchas veces lo difícil porque es difícil.

Encontrar a Dios, ¿es fácil o difícil? Al ver el mundo que nos rodea parecería que Dios es difícil, mientras que mil otras cosas resultan mucho más fáciles.

Tomo un teléfono móvil. Si es "fácil" (sencillo, bien programado), en seguida empiezo a usarlo, incluso con gusto.

Voy a una iglesia para rezar. Miro a la derecha, a la izquierda, al centro. ¿Cómo actuar allí? ¿Qué hacer para estar con Dios? Miramos el reloj una y otra vez: un hormigueo enciende nuestro deseo de salir cuanto antes para acometer tareas más fáciles.

¿Será que Dios es difícil? Daremos una respuesta afirmativa si hemos encadenado nuestro corazón a lo inmediato, a lo agradable, a lo que se deja controlar.

Dios, sin embargo, no es alguien sometido ni a nuestros gustos, ni a nuestros planes, ni a nuestros deseos, ni a nuestro tiempo.

Ante Dios nos sentimos desarmados. ¿Qué puede pedirme? ¿Qué puede concederme? Muchas oraciones parecen encontrar un muro de silencio. Otras veces ni siquiera sabemos exactamente qué se puede pedir a Dios, algo que de verdad valga la pena.

Sin embargo, en otras ocasiones Dios se hace cercano, asequible, fácil. La oración brota desde lo más íntimo del corazón. ¿Cuándo ocurre eso? Cuando hemos leído su Palabra en la Biblia y nos llega a lo más íntimo del alma. O cuando una necesidad personal o familiar nos ha ayudado a descubrir que en la tierra nada es seguro y necesitamos el auxilio de lo alto. O cuando un éxito inesperado o conquistado tras meses de trabajo nos permite reconocer que más allá de la victoria conseguida tenemos un Padre en los cielos que cuida a cada uno de sus hijos.

Incluso tras el pecado, Dios se hace más fácil, más asequible, más cercano. Descubrir que hemos fallado al Amigo abre el corazón a la súplica sincera de quien espera el don más grande: la misericordia.

Descubrimos, entonces, que Dios no es tan difícil como pensábamos o como otros nos hicieron pensar. Dios, al contrario, es el Ser más cercano, más íntimo, más bueno. Tan cercano que vino al mundo, que respiró nuestro aire, que comió como nosotros, que sintió cansancio y alegría. Tan cercano que está vivo, como Jesús muerto y resucitado, en el don de la Eucaristía.

Allí me espera un día y otro día, asequible, sin límites de horas y sin requisitos oficiales. Basta con abrir la puerta de una iglesia y verlo en un Sagrario, hambriento de mi hambre y dispuesto a curar heridas y a alimentar mis anhelos de amor y de esperanza.

Jesús Domingo Martínez